

**Joan Fuster**

## **UN RUEGO A LOS LULISTAS**

La verdad es que no sé si todavía queda algún lulista con vida y salud, quiero decir «lulista» en el más tradicional sentido del vocablo, esto es, seguidor de las doctrinas filosóficas del venerable Barbaflorida mallorquín. Sospecho que no. A estas alturas, las ingeniosas complicaciones del *Ars Magna* caso de conservar algún interés para los profesionales de la metafísica y disciplinas auxiliares, debe de ser como simple curiosidad arqueológica. Sí que habrá, en cambio, «lulófilos», y hasta «lulólogos», que mantengan al día el estudio de aquel extraño fenómeno intelectual que fue Ramon Llull, y de sus muchas repercusiones en la historia del pensamiento europeo. Tampoco estoy muy al corriente de cómo andan las cosas por este lado. Mal señal sería, desde luego, que, en el vasto y activo panorama de nuestra erudición, faltase o se perdiese tal especialidad. Al fin y al cabo, el llamado Doctor Arcangélico es una de las máximas figuras del país, y no sólo por su enorme trascendencia literaria. ¿Cuántos expertos en el tema existen y lo trabajan como se merece? Sin duda, la vocación de «lulólogo» no ofrece perspectivas demasiado sonrientes, ni desde el punto de vista económico, ni para conseguir prestigio social. Pero algo podría arbitrarse, mecenazgo o cátedra, que cubriese el riesgo. Sea como fuere, a unos hipotéticos «lulófilos» o «lulólogos» dirigiría yo ahora las presentes notas.

Se trata del Llull alquimista y de todo lo que con él se relaciona. El lulismo ortodoxo rechazó siempre el supuesto de que Mestre Ramón hubiera practicado y teorizado en el campo de las ciencias ocultas. Llull nunca cayó en gracia a los escolásticos, y la singularidad de sus especulaciones se vio más de una vez acusada de herejía. La acusación supernumeraria de haberse entregado a la nigromancia, o a cualquier perversión parecida, no venía a favorecer precisamente la dudosa «buena fama» del solitario de Randa. Los lulistas han solido repudiar como apócrifos todos los escritos que sobre aquellas materias circularon firmados con el nombre de Llull. Y no eran pocos los papeles en cuestión, por cierto. La facundia de nuestro autor se valoró en términos casi míticos. Mosén Avinyó nos recuerda que un tal Mariano Accardus de Sicilia atribuía a Llull la paternidad de nada menos que tres mil libros, cifra que otro ciudadano elevaba a más de cuatro mil. Toda esta masa de caligrafía se consideraba, además, directamente inspirada por Dios. La afirmación era abusiva, y se comprende que despertase graves recelos en los medios eclesiásticos. Las obras «alquímicas» de Llull iban incluidas en los catálogos sospechosos. De ahí que los discípulos del doctor Arcangélico pusiesen su mejor empeño en desautorizarlas.

Y esta es la situación: el lector medio tiene a su alcance una discreta bibliografía acerca del Llull auténtico, mientras que apenas encuentra algún texto informativo sobre el falso Llull alquimista. Para reivindicar a Mestre Ramón de tachas nefandas, se ha descuidado este aspecto de «su» personalidad: se ha descuidado de manera expresa. Probablemente hay alguna monografía útil que se ocupa del pseudo lulismo de los alquimistas y recoge sus detalles pintorescos. Pero quizá habría que buscarla en revistas

doctas inasequibles o en ediciones sigilosas. Bien mirado, no estaría nada mal que alguien redactase una exposición clara y abundante de los avatares del lulismo legendario: sería una lectura amenísima. Y sólo podremos acercarnos al asunto a través de una u otra forma de mediación erudita. Los libros y documentos en que constan tales peripecias están desperdigados por esos mundos de Dios, resultan de difícil consulta, y para colmo de molestias, habrían de consumirse en latín. Se necesitaría la paciencia benedictina de algún aspirante a doctor, de alguna benemérita «rata de biblioteca», para conseguir la confección de un manual cómodo y completo. La labor no sería ingrata, pero sí lenta y costosa: de años y leguas. Yo creo que valdría la pena, y mucho. En última instancia, también revertiría en homenaje a Llull.

He dicho que obtendríamos una lectura amenísima. Repito la afirmación. Los tejemanejes de la alquimia y operaciones similares eran divertidos, o por lo menos, sorprendentes. Han de parecérnoslo, hoy día, por más de una razón. Reales o fantásticas, las maniobras de los «aprendices de brujo» –de sabio– medievales tenían habitualmente una superficie abigarrada y chocante. El padre Juan de Mariana, S. J., en uno de sus olvidados tomos, habla de Arnau de Vilanova, y cuenta que aquel singular médico valenciano del siglo XIII llevó a cabo exitosos experimentos de gestación «in vitro»: en sus redomas intentó producir, o –¡vaya!– produjo, una criatura viva artificial. ¿Y qué extrañas tentativas no se imaginaron a costas de la memoria de Llull? Otro jesuita, éste del XVIII, el P. José Francisco Masdeu, en su *Historia crítica de España y de la civilización española*, asegura que Ramon Llull inventó el aguardiente. Fue una invención muy sensata, ¿no? La población rural celtibérica, durante generaciones, ha consumido cantidades ingentes de este licor, y, si el padre Masdeu no se equivoca, debemos suponer que Mestre Ramón cuenta con más agradecimientos implícitos por este descubrimiento que por su Arte Combinatoria. Aunque lo más probable es que Llull, en vez de ir tras el hallazgo del aguardiente, fuese a la búsqueda de la piedra filosofal. En el fondo, la alquimia, la tenebrosa y risible alquimia de la Edad Media, sólo se proponía eso: «fabricar» oro. Con la piedra filosofal se lograría oro sintético...

La química actual, académica y respetable, no aspira a otra cosa, si bien por caminos muy distintos. Y no deja de ser sugerente que la materia prima con la que los alquimistas quisieron industrializar el oro, se llamase «piedra filosofal»: el adjetivo la vincula a la metafísica. Renuncio a sacar las pertinentes, y sarcásticas, conclusiones que brinda el hecho. Volvamos a Llull y al lulismo espurio de la magia más o menos negra. Carecemos de indagaciones serias sobre el particular, y conviene remediar la omisión. En definitiva, el Llull que ha perdurado en las referencias internacionales de la literatura es el fabuloso, no el verdadero. André Breton todavía le cita en uno de sus manifiestos del surrealismo: los surrealistas no conocían a Llull ni por el forro, pero le aducían como precedente o como autoridad. ¿No podríamos hacer nada para llenar el vacío a que aludo? Hago el ruego a los lulistas, lulófilos o lulólogos que haya por estas latitudes. Contamos con excelentes análisis del *Blanquerna*, del *Llibre de Meravelles*, del sistema –del arbóreo sistema– luliano. ¿Por qué no se decide nadie a dedicar su tiempo y su humor al extenso lulismo, al temerario, ridículo, genial, cabalístico, pertinaz lulismo que se ocupó «de investigatione secreti occulti»?

[*El Correo Catalán*, 1 febrer 1966]